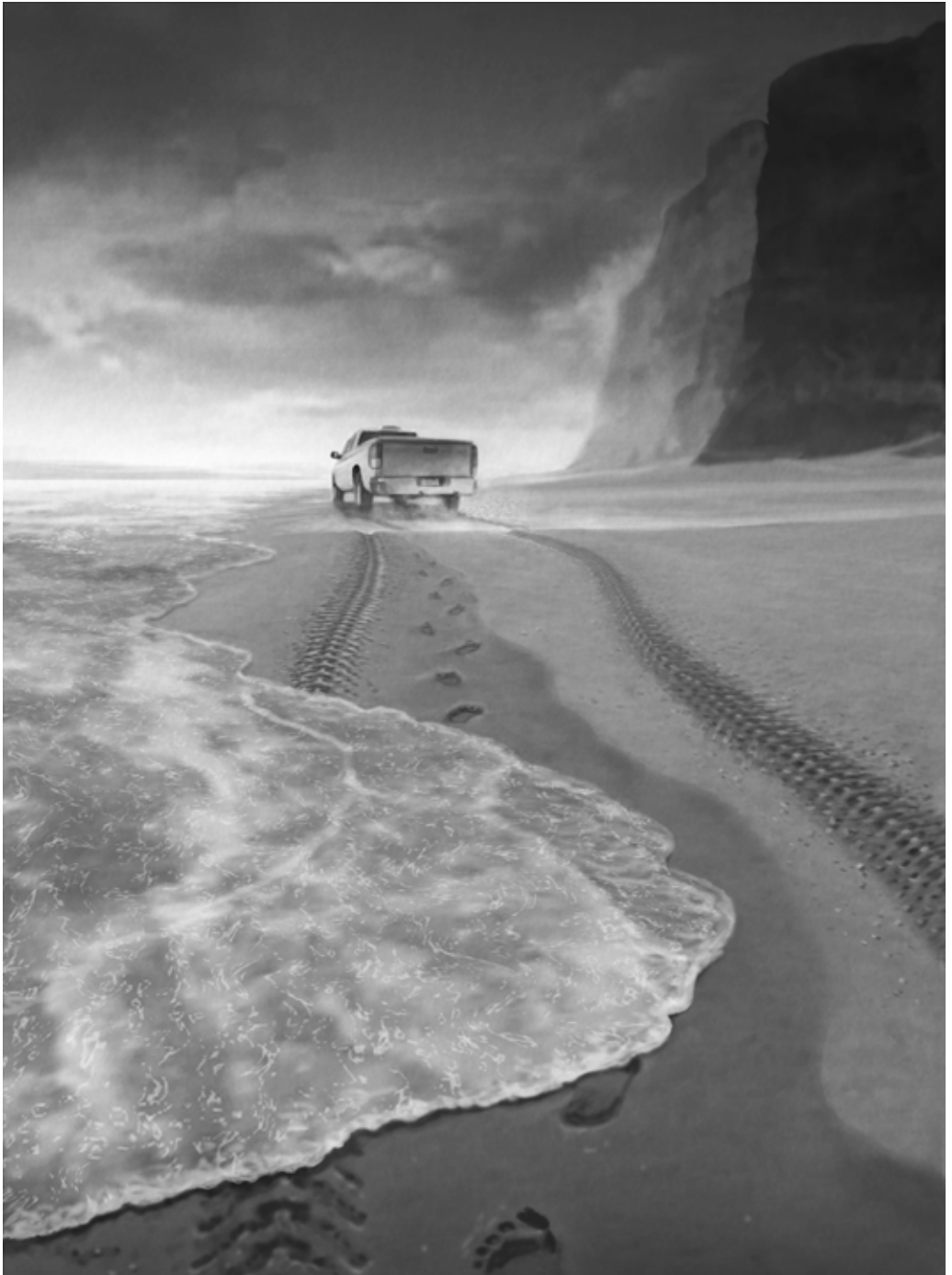


Ojos Verdes



Cristina Zubieta

César Jorajuria

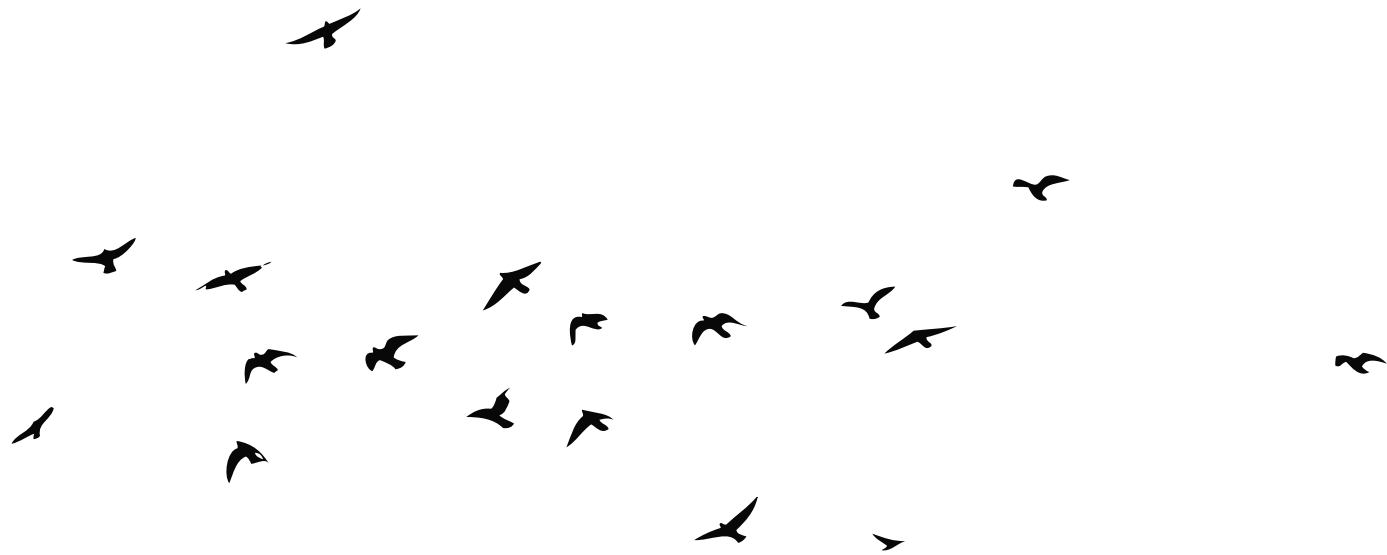


Ojos Verdes
© D.R. 2020,
© 2020, Narratio Aspectabilis S.A. de C.V.
Jardín Centenario 18-3 Villa de Coyoacán,
Coyoacán 04000, Ciudad de México.
Ilustraciones: César Jorajuria
Edición: Alexandra Campos Hanon y Celso Santajuliana
Diseño: David L. Soria
Reservados los derechos
Impreso y hecho en México

Título: Ojos Verdes
Autor: Cristina Zubieta
Extensión: 24 páginas
Dimensiones: 17 x 23 cms
Publicación: México
Editorial: Narratio Aspectabilis S.A. de C.V.
10,000 ejemplares
ISBN: 978-1-7923-7848-5

Historias que no tienen — precio —

narratio



Ojos Verdes

Cristina Zubieta

Ilustraciones

César Jorajuria



Son las cuatro de la tarde y el sol brilla intensamente dejando al cielo azul escondido en su furia. Es tan fuerte el calor que no puedo pensar y solo siento el olor a tierra seca y mis labios partidos. El polvo que la camioneta deja atrás, se levanta con el viento y nos protege brevemente del sol.

Al lado mío van dos mujeres. Llevamos cuatro días juntas. Nos mueven de un lugar a otro conforme a sus necesidades.

Estamos amarradas de las manos y los pies, nos recargaron en las paredes de la caja de la camioneta en donde antes ya ha muerto alguien. Ellas seguro piensan que ese será nuestro destino. Lo suponen por las manchas de sangre y mechones de pelo que están pegados como costras de lodo en el metal de la pick up. Esta es su primera vez, veo en sus rostros el terror, pero no me atrevo a consolarlas porque posiblemente la idea de morir es mejor a lo que les espera.

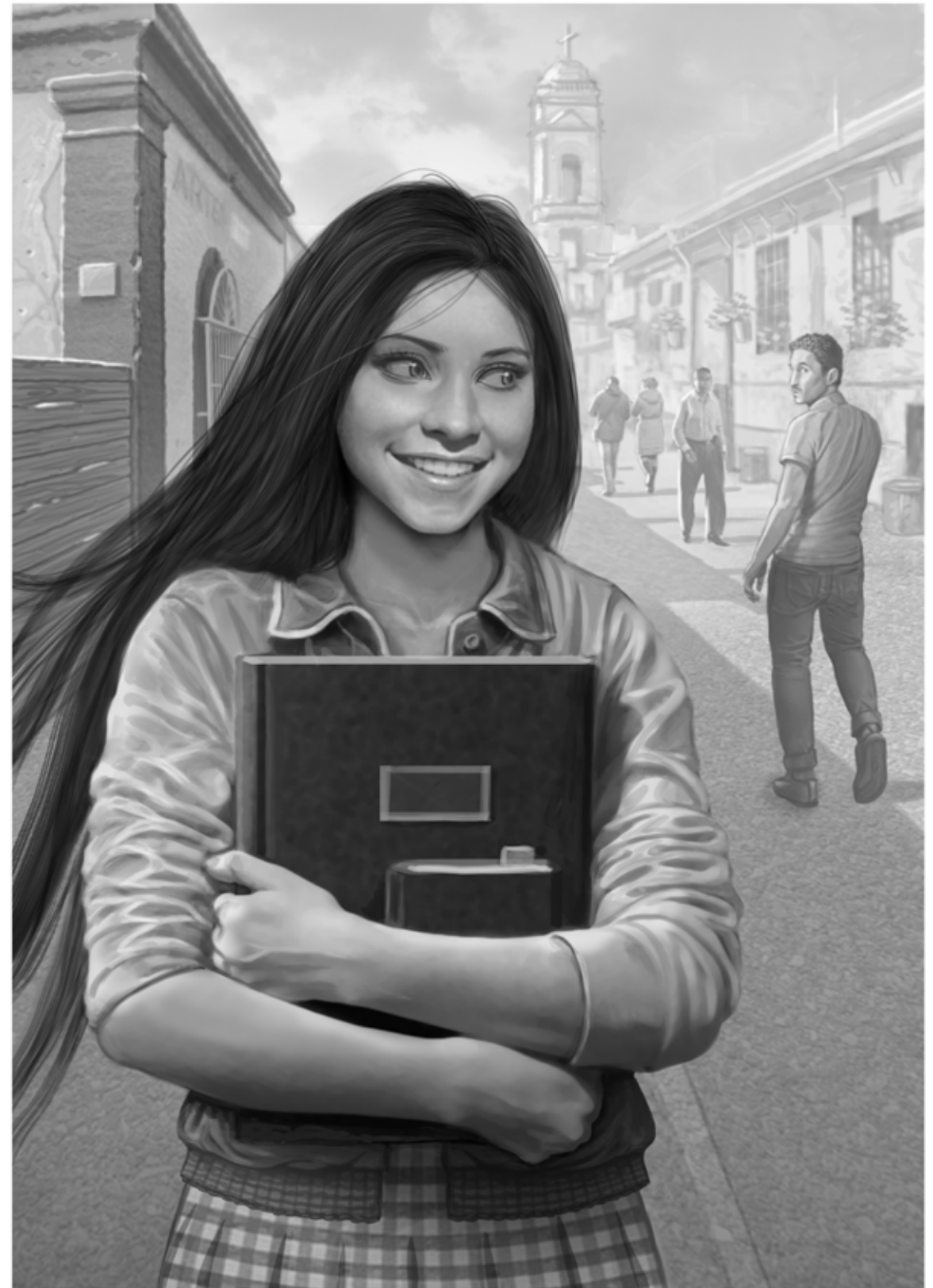


Entre sueños las vi llegar. Ellas no saben cuánto tiempo ha pasado porque las drogaron. Cuando alguna recuperaba la conciencia, lloraba. Esta vez la comida que nos dieron fue peor que cuando yo he estado sola; unas tortas de pan duro y jamón a punto de echarse a perder. Un hombre de barba cerrada vino todos los días a traer una cubeta con agua y vasos de plástico.

Nuestras necesidades las hicimos ahí mismo en el piso cerca del hoyo del drenaje. Ese cuarto con una sola ventana, era aseado por una señora robusta que tiraba agua con algún detergente que olía a pino. Nuestros orines, excrementos y migajas de pan, se iban por un agujero al centro del cuarto, por el mismo que me hubiera gustado escapar.

Todo había comenzado como un juego.

En el pueblo me decían “la princesa”. Mis grandes ojos verdes y larga cabellera castaña contrastaban con mi piel morena. Estas características hacían que yo fuera de notar entre la población mestiza del norte de Puebla. Era más alta que todos en mi casa. Fui agraciada o desgraciada con un maravilloso par de piernas y una cintura estrecha.





Lo conocí en un restaurante dónde íbamos mis amigas y yo a beber refresco y a disfrutar de la música.

No era del pueblo, se veía claramente que no era ni de México. Tenía un acento diferente, pero no era eso lo que lo delataba, sino su forma de vestir. Ese día llevaba puestos unos pantalones color rojo y una playera blanca tipo polo con el cuello levantado.

Estaba solo, sentado en la barra tomándose una cerveza.

Cuando entramos, volteó a ver quién hacía tanto ruido, pues nuestras risas eran algo que llamaba la atención. Al verme, clavó sus ojos en los míos y no dejó de mirarme hasta que nos sentamos.

Mis amigas y yo ordenamos algo de comer y conversábamos sobre el profesor de mate, continuamos riéndonos, de repente mi amiga me picó la costilla con su codo y me dijo en murmullos que aquel hombre de la barra no dejaba de verme. Yo le regresé la mirada, me di cuenta de que no era mucho mayor que yo y con mi cabeza le hice señas para saber qué quería. Él me contestó haciendo unos movimientos con sus manos, pidiéndome permiso para acercarse a la mesa.



Se paró enfrente de mí y comentó que nunca había visto unos ojos como los míos. Se disculpó por tanta franqueza, pero dijo que no podía esperar más para conocerme. Mis amigas se rieron de su valentía, porque en el pueblo, había muy pocos animosos que se hubieran atrevido a decirme, así a la cara, lo que opinaban.

Se sentó en nuestra mesa y comenzó a contar la historia de cómo había llegado a México y a qué se dedicaba. Todas nosotras lo dejamos hablar, más que por cortesía, por curiosidad, queríamos saber qué hacía un chico tan guapo y tan bien vestido en un pueblo como el nuestro.

Nos dijo que buscaba talentos, y que tenía buen ojo. Que, si alguna de nosotros estaba interesada en el modelaje, él sería el contacto ideal para que pudiésemos comenzar nuestras carreras sin riesgo. Yo no le creí. Ya sabía de esos hombres que embaucan a las mujeres diciéndoles que son bonitas y haciéndoles creer que serán modelos. Mis amigas tomaron su tarjeta.





Al otro día se puso el extranjero en frente de mi casa a esperar a que yo volviera de mis clases. Lo hizo también al día siguiente y así durante dos semanas. Nunca en fin de semana, y tampoco lo veía yo en el pueblo por más que lo buscara entre la gente.

Un martes, mi madre lo dejó entrar. Estaba ahí en la sala cuando volví de la escuela. Me sorprendí y me brincó el estómago al verlo de pie junto a la puerta de la cocina, conversando con ella. Después de que él y yo hablamos por cinco minutos (en los que yo le agradecí la visita y lo despaché porque tenía tarea) me dijo mi madre que un chico con tanta voluntad para entablar una relación, merecía una oportunidad.

Venía todas las tardes y los cinco minutos se hicieron diez, y los diez veinte y así nos empezamos a conocer. Caminábamos a la plaza, luego a tomar un helado. Después de varias salidas, me besó. Nunca me habían besado y aquel momento fue mágico. Definitivamente sus besos sabían mejor que el helado o que cualquier cosa que yo hubiese probado antes.



Me invitó al cine y acepté con la condición de que mis amigas vinieran conmigo. Ellas se quejaban porque él nunca les contestaba sus mensajes, ignorando la promesa de mostrarles el camino a la fama. Envidiosas, pensaba yo.

Después era yo la que quería salir sola con él, no quería que nadie fuera testigo de nuestro amor. Habían pasado dos meses desde aquel encuentro en el restaurante, donde me dijo que jamás había visto unos ojos como los míos.

Entramos al hotel. Me temblaban las manos y en mi espalda corría una gota de sudor. Lo único que deseaba era estar finalmente sola, abrazada, pegada a su piel, oliendo el aroma de su cuello.

El deseo por tenerlo cerca, ensordecía los reclamos de mis amigas a las que no les gustaba nuestra relación, decían, con toda razón, que no hablaba de sus padres y que yo no sabía en dónde estaba su casa. Tenía muy poca información de él, y sin embargo lo único que me importaba eran sus labios en mi boca, sus manos en mi cuerpo.





Cuando entramos al cuarto había otro hombre, era mucho mayor que él. Su pelo escaso era cano y mostraba un estómago prominente. La camisa abierta estaba salpicada con manchas de comida y los dientes que se asomaban debajo de un espeso bigote, estaban amarillos por lo que después comprobé era su vicio al cigarro. Se levantó y le entregó un sobre a mi acompañante a quién fue la última vez que vi.

He estado varias veces en distintos carros, pero mis recuerdos de cada encuentro se van borrando como las huellas en la arena después de que las toca el mar. Lo que no puedo olvidar es el aroma del cuarto en donde estuve prisionera por primera vez y el del hombre que me convirtió en lo que ahora soy.

Regresar a mi casa es imposible. Aunque pudiera escapar, he visto cómo se menosprecia a las chicas cuando quedan embarazadas o se las lleva el novio. Es impensable que yo vuelva al pueblo después de lo que he vivido. En donde antes era mi hogar solo queda el dolor que les causé a mis padres.



Así que contrario a mis acompañantes yo procuro no moverme para no lastimarme. Procuro cooperar para que alguien me tome por un precio mayor. Es lo que he aprendido, que debo cuidarme, no hablar, no llorar. Está claro que mi sobrevivencia depende de que haga lo que me pidan.

Sé que les ha sorprendido mi comportamiento, incluso ya me dijeron que si les ayudo a reclutar chicas me harán parte de su banda, me darán otro nombre y la posibilidad de ganar dinero.

He pedido que en las tarjetas aparezca Ana Rubio. Es un nombre fácil de recordar.





Ojos Verdes
se terminó de imprimir en mayo de 2020,
en Narratio Aspectabilis S.A. de C.V.
Jardín Centenario 18-3, Villa de Coyoacán,
Coyoacán. CP 04000, Ciudad de México.
Se imprimieron 10,000 ejemplares.



Ojos verdes es una amalgama donde se mezclan elementos tan disímolos como la ingenuidad y la codicia. Es una historia de víctimas que lo eran mucho antes de que la vida las pusiera en situaciones límite. Antes de la barbarie, “la princesa” ya era víctima tanto de una realidad social adversa como de unos atributos físicos que habrían de jugarle en contra.

Extraviada en un pueblo sin porvenir, se encandila por el enamoramiento adolescente, y termina enredada entre los hilos de una mentira meticulosamente construida...

